

La ausencia como elemento de representación en la literatura del exilio y la segunda generación. *Viejo Héctor* y *Esto nunca existió pibe* de Mempo Giardinelli y *Conjunto Vacío* de Verónica Gerber como muestras de análisis.

Andrea Candia Gajá¹

Resumen

El exilio se presenta como elemento identitario constitutivo inmediato de, por lo menos, dos generaciones que se vieron obligadas a hacer de dicho fenómeno, su modo de vida. En el presente trabajo se pretende situar la mirada en un escritor argentino y una escritora argenmex que pertenecen a ambas generaciones y que, desde su trabajo literario, elaboran y representan uno de los factores constantes determinantes en su escritura: la ausencia.

Mempo Giardinelli deja ver, a través de algunos de sus textos elaborados durante su exilio en México o que circundan temáticamente sobre éste, las distintas manifestaciones de la ausencia. No solamente como la figura conocida del desaparecido, sino también la falta de información que se recibía desde Argentina. En sus relatos *Viejo Héctor* y *Esto nunca existió pibe*, Giardinelli reflexiona alrededor de dichas cuestiones. ¿Cómo se elabora el exilio a partir de la ausencia? ¿Cómo se incorpora la ausencia a la cotidianidad de la lejanía?

Por su parte, Verónica Gerber, nacida en la Ciudad de México, y perteneciente a la segunda generación que se desprende del exilio de la militancia, presenta en su novela *Espacio Vacío* la posibilidad de representar gráficamente lo que las palabras no alcanzan a decir. Algo parecido a lo que el investigador Gabriel Gatti desarrolla con la idea de la catástrofe del lenguaje[1]. ¿Qué ausencias se vislumbran en esa segunda generación?

A través de este trabajo se planteará un ejercicio de análisis de representaciones literarias de dos escritores que forman parte de generaciones distintas, pero que parten de un mismo hecho histórico –el exilio– que, a pesar de manifestarse en diferentes momentos temporales, presenta convergencias temáticas para ambos casos.

¹Licenciada en Comunicación por la Universidad Iberoamericana. Posteriormente ingresó a la UNAM para realizar sus estudios de Posgrado en Estudios Latinoamericanos en donde actualmente es Candidata a Doctora. Ha especializado su campo de estudio en las manifestaciones culturales, específicamente literarias, en torno al exilio generado como consecuencia de la última dictadura argentina, así como en la producción de la segunda generación -la generación de hijos-. Ha trabajado en el medio editorial en proyectos de redacción y coordinación editorial e investigación, y es docente en la licenciatura en Historia de la Universidad Iberoamericana. Coordinó y prologó la antología *Relatos del exilio. Escritores argentinos en México*.

La ausencia como elemento de representación en la literatura del exilio y la segunda generación. *Viejo Héctor* y *Esto nunca existió pibe* de Mempo Giardinelli y *Conjunto Vacío* de Verónica Gerber como muestras de análisis.

El exilio argentino derivado de la última dictadura cívico-militar (1976-1983) se presenta como elemento identitario constitutivo inmediato de, por lo menos, dos generaciones que se vieron obligadas a hacer de dicho fenómeno, su modo de vida. Dirigentes políticos y sindicales, intelectuales, académicos, estudiantes, obreros, artistas y periodistas abandonaron el suelo argentino para seguir construyendo su historia en nuevas latitudes. Dentro de los países latinoamericanos que más apoyo brindó a los exiliados, se encontró México, cuya tradición como país receptor de asilados políticos se presentó como un punto favorecedor para la llegada de grandes contingentes sudamericanos que huían de regímenes totalitarios.

A pesar de la dificultad que la lejanía y la incertidumbre presentaron para los exiliados, los países de recepción se convirtieron en espacios de reelaboración y reconstrucción identitaria; y en ese proceso de adaptación y asimilación, la cultura cobró un papel determinante como medio de expresión y de denuncia.

A la distancia, muchos integrantes del exilio encontraron en el espacio literario el lugar para expresar anhelos, así como para representar la nostalgia, el dolor y el camino hacia un nuevo sitio de pertenencia en el lugar de acogida. Escribir sobre y en el exilio dio origen a la “literatura del exilio” y con ella aparecieron reflexiones e interrogantes que se convirtieron en una constante dentro de la temática literaria.

Los textos formaron, poco a poco, el hogar de las evocaciones de muchos exiliados que viajaban a la Argentina a través de los relatos que, a kilómetros de distancia, desarrollaban invocando al país del sur. Estos recuerdos y las imágenes que los constituyen, no son otra cosa más que la patria del exiliado, es por eso que a pesar de estar a miles de kilómetros de su país, “dondequiera que esté, el escritor escribe siempre desde ese lugar que lo impregna y que es el lugar de la infancia” (Saer en Kohut y Pagni, 1993: 108). Las reflexiones que cada uno de los escritores expresaba sobre Argentina y acerca de su nuevo lugar de residencia, eran un ir y venir entre su lugar de origen y el presente que lo rodeaba; y a través de la imagen de su patria y de las palabras que palpitaban frescas en hojas que daban origen a los inicios de una nueva generación literaria, los escritores se resignificaron en un exilio incierto, “porque las palabras, como la patria, son la infancia, se apoyan en ella para poder sonar y significar en niveles profundos.” (Moyano en Kohut y Pagni, 1993: 147).

Si en Argentina muchos intelectuales vieron coartada su libertad de expresión, en el exilio encontraron la manera de expresar abiertamente lo que pensaban.

Los temas que se trataban en la literatura del exilio tenían que ver, a menudo, con los aspectos mencionados anteriormente sobre la construcción de la identidad del exiliado y su experiencia en el destierro; sus percepciones sobre el nuevo lugar de residencia, los conflictos y simpatías con una nueva sociedad, los sentimientos de constante ‘extranjerismo’ que más adelante también experimentaron en su regreso al país de origen, y la incertidumbre de su vuelta a la Argentina. Algunos escribieron también sobre situaciones cotidianas en las calles durante la dictadura, dibujando un panorama bastante claro sobre la verdadera situación en el país. “Un elemento que se repite en los textos literarios escritos en el exilio es la oposición entre un espacio de pertenencia y otro de

ajenidad, en íntima relación con un quiebre en la temporalidad que marca el antes y el después del exilio” (Lorenzano en Yankelevich, 2002: 335).

La marca del exilio no limitó su experiencia a esa primera generación que salió de territorio argentino, sino que se ha extendido, hasta el momento, a una generación más, la de los hijos.

El desenlace de los años de dictadura resultó en el desarrollo de una generación de ‘hijos’ que conformaron su identidad a partir de la vida en la clandestinidad o en el exilio al que debieron acompañar a sus padres o bien, teniendo que asimilar la permanente ausencia de éstos.

Fue así como creció una generación que abrió el espacio a la crítica formulada desde la ruptura y el distanciamiento con quienes los precedieron. Son, como lo afirman Carolina Arenes y Astrid Pikielny (2016) en su libro “Hijos de los 70”, “hijos e hijas de hombres y mujeres que estuvieron relacionados de algún modo con la violencia política de los años 70[...] Hijos que defienden lo actuado por sus padres. Hijos que los cuestionan y toman distancia” (p.9).²

Hijos de exiliados, de desaparecidos, de militares se cruzan en un espacio común; en un tiempo que es presente, pero también es pasado, y que ha dado pie a la formulación de nuevas preguntas que retan a la historia y, sobre todo, confrontan a la generación anterior con propuestas discursivas que en su momento fueron muy difíciles de abordar.

En el caso de la Argentina de la post-dictadura -y detrás de las manifestaciones culturales desprendidas de la experiencia de los protagonistas de los setenta- nacieron nuevas formas de interacción con el pasado que corren a cargo de los herederos de esa historia. Una vez más, la literatura resurgió como ese espacio de reflexión, catarsis, crítica y reconciliación a través del cual los ‘hijos’ emprendieron su viaje en el tiempo.

La generación de hijos reelabora y construye sus propias memorias sobre la historia de sus padres, su militancia, su desaparición, o bien, su exilio y la implicación que esto tuvo y tiene en sus vidas. Como una revancha frente al intento de borramiento de la memoria militante que impulsó la dictadura, los hijos formulan hoy nuevas posibilidades para darle continuidad a una memoria o, habría que decir, a unas memorias, que no se encuentran exentas de ser problematizadas.

Nydia Mendoza (2015), investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia lo expresa de esta manera:

en la generación de los hijos e hijas se condensan entonces distintos recuerdos y olvidos de un pasado que no fue vivido personalmente, sino transmitido por otros y asumido como propio, en cuyo proceso fue relevante la participación de algunos de ellos en agrupaciones como ‘Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.’ (p.435)

De esta manera, dentro del universo literario argentino de la primera mitad del siglo XXI surge una corriente a la que se le conoce como la ‘narrativa de hijos’ –hijos de

² La generación de hijos de la década del setenta no se encuentra únicamente marcada por quienes vivieron con sus padres el exilio o la desaparición de éstos, sino también por los hijos de los perpetradores, algunos de los cuales hoy, de igual manera, se enfrentan a procesos de asimilación y reconciliación con sus progenitores. Aunque no es el tema que se trata en este trabajo, es recomendable revisar algunos testimonios del mencionado trabajo de Carolina Arenes y Astrid Pikielny.

exiliados, desaparecidos y asesinados por el régimen militar- que se nutre de ficciones que ofrecen nuevas miradas en torno a problemáticas trabajadas previamente y que mantienen vigencia. La represión, persecución y desaparición de intelectuales, estudiantes, activistas políticos, delegados obreros y dirigentes sociales, así como la apropiación de alrededor de quinientos niños y niñas que el régimen, instalado el 24 de marzo de 1976, llevó a cabo, son temas que la generación de hijos retoma en su producción literaria, resignificando el papel de la memoria histórica y de su historia personal.

Sus textos, que abordan desde distintas miradas y recursos narrativos la vida de sus padres y las suyas, han abierto ante la crítica un espacio de análisis frente a temas que se pensaban literariamente concluidos.

Para este grupo de escritores, el sentido de novedad temática no está otorgado por el descubrimiento de argumentos que no hayan sido explorados con anterioridad, sino por una ‘nueva forma de reivindicar la memoria’ de hechos que forman parte indiscutible del presente argentino, y por la manera en que éstos son repensados desde las nuevas condiciones histórico, sociales y culturales en las que se gesta la obra y a las cuales pertenece el autor.

Giardinelli y Gerber; el exilio y la ausencia

Es así que se llega al análisis de tres obras que pertenecen a dos momentos distintos y que, con sus características particulares abordan un tema que las une y que, aún con el paso del tiempo, permanece vigente: la ausencia.

Mempo Giardinelli, escritor que vivió su exilio en México retrata en “Viejo Héctor” y “Esto nunca existió, pibe” manifestaciones específicas sobre la ausencia en los primeros años de destierro.

Por otra parte, Verónica Gerber Bicecci, mexicana hija de exiliados argentinos, muestra en su novela “Conjunto Vacío” la experiencia de la desaparición y el exilio con la distancia que el tiempo coloca entre una generación y la otra.

De esta forma, la ‘ausencia’ física de los familiares y amigos desaparecidos es uno de los puntos centrales y, tal vez, el más importante de estos relatos. No solamente desde la perspectiva personal, sino como un elemento de identificación social que no se limita a la primera experiencia, sino que continúa formando parte imprescindible de la narrativa del exilio y de la literatura de hijos.

Escribe Giardinelli en “Viejo Héctor”:

“Fue una tarde de abril cuando lo vi por última vez. El se había cambiado de esquina, por si acaso, y estaba como refugiado detrás de un buzón. Nos miramos sin saludarnos y yo entré a ese bar de Sarmiento y Riobamba. El me siguió diez minutos después. Intercambiamos documentos, o alguna nueva consigna, no recuerdo bien, y tomamos café hablando de lo bella que es Buenos Aires cuando llueve. Luego nos despedimos como siempre, con esa efusividad contenida de los militantes clandestinos. Nunca más lo vi” (Giardinelli, 2011: 104).

La primera representación que se observa en esta frase se encuentra íntimamente relacionada con el concepto más utilizado de la ausencia, es decir con la desaparición

forzada. Ésta será una de tantas formas de experimentarla que se pueden observar en el texto.

El tema de la información o la ausencia de ésta a la que los exiliados tenían acceso en México, formó parte relevante de los temas que se trataron durante los años de la dictadura y, posteriormente comenzó a ser una cuestión destacable que se abordó en la literatura del exilio y la dinámica del mismo.

“Las versiones son contradictorias. Hace dos años, los primeros informes fueron duros de asimilar: lo declaraban muerto y hubo quien dijo que en un enfrentamiento; otra versión aseguró que lo había entregado un delator; una tercera no especificaba detalles pero lo daban como desaparecido” (Giardinelli, 2011: 101).

Más adelante, narrando cómo los días pasaban en medio de esa confusión sobre la certeza de los hechos, el autor en voz del narrador, describe los nuevos datos que, a través de cartas, le habían llegado sobre el paradero de su amigo. Dice lo siguiente:

“Más tarde, en alguna carta, algún compañero me dijo que lo había visto, que estaba bien. Dadas las circunstancias, no era una pobre noticia. Y eso fue todo. Hasta que llegaron los comentarios sobre su desaparición, que trajeron un dolor intenso, profundo, nunca expresado” (Giardinelli, 2011: 105).

Por su parte, en “Esto nunca existió, pibe”, el escritor deja ver la ausencia generada en los espacios antiguamente conocidos. El autor narra en dicho relato, su vuelta a Argentina después del exilio y el asombro ante la transformación del paisaje urbano.

“En el larguísimo edificio del fondo de la Avenida Vélez Sarsfield, [...] sentí el choque de mis emociones. Yo había trabajado allí en el breve verano del 76. Y ahora allí mismo, arriba, en la pecera superior de la dirección del diario, en vez de Jacobo se veía la figura imponente de este hombre” (Giardinelli, 2011: 136).

Otros autores, como la escritora Tununa Mercado también han dialogado con este sentido de la ausencia de lo anteriormente conocido. En su libro “En Estado de Memoria”, la autora retrata la extrañeza con la que observa una ciudad llena de ausencias en la que vivió por muchos años y que se ve transformada una vez que vuelve del exilio. No se encuentran quienes estaban cuando partió, ni tampoco los espacios que habitó.

Tanto en la literatura de Giardinelli como en la de la mencionada Tununa se observa por primera vez el impacto del amplio concepto de la ausencia. No solamente como referente a la práctica de la desaparición forzada, sino a la ausencia de información estando en el exilio, la ausencia de clausuras ante la imposibilidad de despedirse de sus afectos, la ausencia de la ciudad que alguna vez habitaron y de los espacios a los que pertenecieron. En los ejercicios narrativos de la generación de la militancia de la década del setenta el sentido de la ausencia es abordado desde la impronta de la experiencia inmediata. Los relatos transmiten ese impacto de enfrentarse a la ausencia, en todas sus manifestaciones, por primera vez. Ésta, transforma la cotidianidad y el futuro de la dinámica social, misma que estará, de ese momento en adelante, marcada por ese vacío.

Si los anteriores ejercicios escriturales de las décadas del setenta y ochenta retrataron el horror de las desapariciones forzadas, las nuevas narrativas sitúan la mirada en

el factor de la ausencia como una ‘presencia’ ineludible de la cotidianidad. El paso continuo de la memoria construye un espacio presente en el cual conviven vivos y ausentes y en el que se demuestra que el pasado no concluye, sino que mantiene una sutil línea de continuidad.

En este caso, para ilustrar lo dicho previamente, se utilizará como referente la novela “Conjunto Vacío” de Verónica Gerber Bicecci.

De acuerdo con Federico Cantoni, el núcleo temático de la novela,

“es el vacío existencial dejado por el trauma del exilio y heredado por la generación de los hijos de las víctimas. Este vacío se concretiza en la desaparición (ambigua e inexplicable) de la madre de la protagonista, y desde esta herida primigenia irradian todas las narraciones que arman la novela, en un juego de huellas y espejismos paradójicos a través del cual el vacío se convierte en la presencia más engorrosa y agobiante en la vida de la protagonista” (Cantoni, 2021: 139).

En el caso de la novela de Gerber, la ausencia no se presenta como un elemento sorpresa al estilo de las expresiones narrativas de la generación anterior que se ve fracturada por la aparición constante y sistemática de ésta. Por el contrario, en “Conjunto Vacío”, se deja ver como algo que se encuentra instalado en el imaginario colectivo de toda una generación que, desde que nace, se ve obligada a convivir con la idea y la sensación del vacío.

“Todos estamos buscando huellas o haciéndonos preguntas” (Gerber, 2015: 55). dice la protagonista de la novela. A lo que posteriormente acompaña con: “Todos estamos esperando que por fin aparezca eso que no podemos ver” (Gerber, 2015: 56).

El punto de partida para las expresiones literarias de la segunda generación asume la ausencia desde una mirada distinta que la generación anterior. En los relatos de Giardinelli es posible apreciar el desconcierto frente a las súbitas representaciones del vacío y el camino para lograr establecer a la ausencia como un factor dentro de la convivencia cotidiana. En el caso de la generación de hijos, se crece asumiendo la presencia de la ausencia. Es importante aclarar que con esto no se quiere decir que la actitud frente a la ausencia sea de resignación, sino que el punto de partida de la convivencia con ésta, es distinto. La segunda generación interpela y cuestiona el hecho de haber nacido con la ausencia como factor inamovible de la existencia cotidiana y reconoce las dificultades que el vacío representa en el día a día. En torno a esto, la protagonista de la novela afirma en algún momento lo siguiente: “La casa se quedó suspendida en el tiempo. Seguía tal como el día que dejamos de ver a Mamá(M)” (Gerber, 2015: 11). La ausencia define el quiebre temporal, y en ese sentido de caos temporal la generación de hijos, reconstruye, resignifica y elabora sus propias memorias.

Así como los grandes grupos de militantes exiliados debieron enfrentarse a la ausencia de información sobre lo que sucedía en Argentina como puede verse en los relatos de Giardinelli mencionados previamente, el texto de “Conjunto Vacío” presenta otro tipo de ausencia informativa: la de la propia familia. En la novela, Gerber lo describe de esta manera: “En mi familia todos se desmienten unos a otros y al final solo quedan hoyos. Peor: nadie quiere hablar de los hoyos” (Gerber, 2015: 33).

El extranjerismo del que habló Giardinelli se observa también en la narrativa de

Gerber. La protagonista de la novela narra, de la siguiente manera, el momento del retorno de una exiliada a suelo argentino: “Esos espacios a los que ella necesita volver ya no existen y en ello radica su tragedia: nada le pertenece. Al parecer las consecuencias de la dictadura surgen después, mucho después. El exilio es solo una forma de retardarlas” (Gerber, 2015: 123).

La generación de la militancia ha aportado, desde sus expresiones literarias y culturales, sus propias memorias sobre el destierro, las pérdidas, los secuestros y las torturas. La generación que le sucede se enfrenta, ahora, con la labor de suplir los silencios que sus padres prefieren no romper –al referirnos a los hijos de exiliados- o que se encuentran, en sentido estricto, imposibilitados para hacerlo –al hablar de los hijos de desaparecidos-. Otra manifestación de la ausencia circunda el espacio cotidiano de los hijos, quienes poseen mayores fuentes de información documental, pero deben luchar contra silencios inquebrantables derivados del dolor de la experiencia previa. Ante esto, se mueven en espacios en los que han encontrado nuevas posibilidades de nombrar lo inasible.

El investigador Gabriel Gatti en su artículo “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)” afirma que:

La desaparición forzada de personas es un fenómeno que afecta a la identidad y al sentido: ataca al edificio de las identidades, cuyas bases dinamita; somete al lenguaje a uno de sus límites, obligándolo a situarse en el lugar en el que las cosas se disocian de las palabras que las nombran. Por eso la figura del detenido-desaparecido es, en muchos planos, una figura difícil de pensar y de vivir. Habla de individuos sometidos a un régimen de invisibilidad, de hechos negados, de cuerpos borrados, de cosas improbables, de construcción de espacios de excepción. (Gatti, 2006: 28).

La ausencia ligada a la figura del desaparecido de la que habla Gatti, se suma a otro de los conceptos utilizados por el investigador cuando se refiere a la catástrofe del lenguaje. Frente a esto, han surgido nuevas formas para nombrar. Mariana Eva Pérez en su novela “Diario de una Princesa Montonera: 110% Verdad” elabora una especie de nuevo vocabulario a través de la unión de palabras aisladas que, juntas, dan un nuevo sentido. Por ejemplo: “mi-abuela-la-que-me-crió” (Pérez, 2012: 53).

De igual manera, Verónica Gerber elabora, a través de los diagramas de Venn y la narración, la posibilidad de visualizar el vacío, es decir, darle cuerpo a la ausencia.

Sin embargo, afirma Cantoni,

“para lograr esta tarea el lenguaje tiene que enfrentarse con sus límites. Es decir, ¿cómo se puede contar algo que, al ser tan traumático, quiebra la palabra y le quita cualquier posibilidad de representación? La respuesta de Gerber Bicecci es tanto sencilla como aterradora: no se puede. ‘Hay cosas [...] que no se pueden contar con palabras’ (Gerber, 2015: 25) declara en un momento la protagonista. Sin embargo, en la aclaración ‘con palabras’ se encuentra la peculiaridad de la novela, porque donde la palabra estalla otros códigos logran activar discursos capaces de decir el trauma más allá de la catástrofe lingüística de la que habla Gatti” (Cantoni, 2021: 140).

La ausencia, como factor generacional, se manifiesta de forma constante en uno y otro momento. Sin embargo, el acercamiento a la misma es distinto. En el primer caso del exilio representado por Mempo, se aprecia el momento de asimilación del vacío; la sorpresa, la angustia y el dolor producido por éste. Por otro lado, con el texto de Gerber, es posible apreciar la existencia de la sensación de la ausencia desde el inicio; como si siempre hubiera estado ahí. Mientras la primera generación se enfrenta a la idea de cómo adaptar la vida al permanente vacío, la segunda generación intenta encontrar una manera de darle lugar y de nombrar a la ausencia. Aparecen, entonces, muestras como la novela de Verónica Gerber en donde la narrativa está acompañada del manejo de un espacio visual que transmite la constante sensación de vacío y que propone nuevas formas para darle forma y nombre a lo que no puede verse ni escucharse.

Como afirma la investigadora Eugenia Argañaraz (2021), en la novela “aparece un dislocamiento encolumnado donde inevitablemente lo público y el exilio como suceso traumático de una primera generación, se insertan en la vida íntima de una hija que siente la ausencia, el vacío, la irrupción” (p.105).

Es así que un elemento intransferible de la vida cotidiana adquiere un nuevo significado, se aborda de manera distinta y logra presentar una propuesta no sólo discursiva o estética sino real para explicar un presente en el que presencias y ausencias transitan los mismos espacios.

Bibliografía

Arenes, Carolina; Pikielny, Astrid (compiladoras). (2016). *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*. Argentina: Sudamericana.

Argañaraz, Eugenia. (2021). Des-andar la forma a través del arte. Modos de leer construir memoria en Conjunto Vacío de Verónica Gerber Bicecci. *Telar 26* (enero-junio/2021) ISSN 1668-3633. pp. 101-124.

Cantoni, Federico. (2021). Testimoniar el vacío más allá de la catástrofe lingüística. Conjunto Vacío de Verónica Gerber Bicecci. *Otras Modernidades. Revista de estudios literarios y culturales* (marzo) ISSN 2035-7680. pp.136-156.

Gatti, Gabriel. (2006). Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales) *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, Vol. 2, núm. 4, pp. 27-38. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=63320403>, consultado el 026-03-2022.

Gerber Bicecci, Verónica. (2015). *Conjunto Vacío*. México: Almadía.

Giardinelli, Mempo. (2011). *Vidas ejemplares y otros cuentos*. Argentina: Editorial La Página S.A.

Kohut, Karl; Pagni, Andrea (compiladores). (1993). *Literatura argentina hoy. De la dictadura a la democracia*. Alemania: Editorial Vervuert.

Lorenzano, Sandra. (2002). "Testimonios de la memoria. Sobre exilio y literatura argentina." En Yankelevich, Pablo. *México, tierra de exilios*. México: Ed. Plaza y Valdés.

Mendoza Romero, Nydia Constanza (2015). *Políticas de la Memoria y transmisión generacional de pasados recientes*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.